

LOS LIBROS ABIERTOS

El universo de Quetzalcóatl

Por Julieta CAMPOS

La arqueología no es, para Laurette Séjourné, la reconstrucción minuciosa de los cadáveres más o menos bien conservados de culturas pretéritas. Su amor por el pasado se alimenta, antes que nada, de una inquietud alerta por el presente y el futuro del hombre y de un deseo lúcido y profundo por integrar a la conciencia viva de nuestro tiempo aquellas visiones del hombre antiguo capaces de aportar un sentido válido del mundo al hombre de hoy. *El universo de Quetzalcóatl* es la culminación de una larga labor de exploración e investigación en Teotihuacán, iniciada hace siete años, y el aporte a la historia de la cultura mexicana de una interpretación singularmente penetrante del mundo prehispánico en el primer milenio de nuestra era.

Teotihuacán, ciudad "donde se hacen dioses", se nos revela como ámbito por excelencia del quehacer humano, sede de una colectividad forjada en el perfeccionamiento interior de sus miembros y en la entrega común a una actividad creadora de belleza y libertad espiritual. Una superficie tan enorme como la de Mesoamérica, repleta de obras de arte, es la prueba de una civilización donde la colaboración era impulso espontáneo y no deber impuesto y de un imperio creado, no por la fuerza de las armas, sino por la del espíritu. La aventura de Quetzalcóatl es la del hombre que se convierte en dios liberando el principio dinámico inmerso en la materia, transformando constantemente la realidad para imponer la razón sobre el caos, actuando sobre el mundo para salvarlo de la muerte. La infinita reproducción del rostro humano en Teotihuacán, la serenidad exquisita de las máscaras funerarias manifiestan no un culto a los dioses sino un culto a los hombres, a su voluntad de transfigurar la materia mediante el pensamiento y la acción.

Serpiente emplumada, la representación de Quetzalcóatl simboliza la aspiración de vencer la inercia de la materia, la unión de la materia y el espíritu—reptil que aspira al cielo y pájaro que aspira a la tierra. El simbolismo de Quetzalcóatl se desenvuelve en sus variantes: el planeta Venus y su doble, Xólotl portador del fuego y el tigre, rayo encarnado, combatientes en los infiernos contra las fuerzas enemigas de la luz; Tezcatlipoca, señor del espejo humeante, reflejo de la ambigüedad original de la condición humana e Iztlacoliuhqui, estrella matutina prisionera de las tinieblas; señor de la aurora, vencedor de la muerte, del aniquilamiento de la existencia humana: hombre tigre-pájaro-serpiente trasmutado en sol. Pero la esencia de esta visión del mundo náhuatl está, precisamente, en que no se trata de una cosmogonía en la que los dioses se vuelvan hombres sino de la transfiguración de los mortales en energía luminosa y divina. ¿Qué significa esto? La fe en la capacidad del ser humano para saltar sobre la transitoriedad y la finitud y, mediante la creación activa, realizar su

aspiración de permanencia sobre la tierra, de eternidad. La vida se confunde, en la ética náhuatl, con la obra, con la acción sobre el mundo. El espíritu sólo se realiza en contacto con la materia, transformándola. En el mito de Quetzalcóatl un pueblo excepcional perpetuó algo que era la sustancia misma de su existencia colectiva: la admiración por el dinamismo inherente a la condición humana, por la facultad del hombre de prevalecer y derrotar a la inercia inmovilizadora.

Semejante humanismo no podía ser una simple abstracción. Cada individuo, en el lapso limitado de su vida terrenal, debía tender a realizar esa mediación entre la materia y el espíritu. Todo hombre, si quería repetir la hazaña de Quetzalcóatl, debía construirse interiormente mediante la renuncia y la soledad, para después participar eficazmente en la vida social. La comunidad, la ciudad, es obra de todos y creación suprema. Así se resume el mensaje de Quetzalcóatl: la esencia de la condición humana es su potencialidad de integración de la materia, el pensamiento, la razón y el espíritu mediante la acción del hombre sobre el mundo objetivo. Alcanzar la luz, la iluminación, pero sin descuidar la transformación del mundo concreto, donde habitan los hombres reales. Hombres que son símbolos de la unificación del universo en todos sus niveles, entregados no tanto a determinar teóricamente la esencia de ese universo como a ratificar continuamente la existencia misma a través de la acción. El mundo teotihuacano, tal como nos lo descubre Laurette Séjourné, es una afirmación incansable de la creación y la vida sobre la destrucción y la muerte. Más tarde, cuando la violencia se entronizó en la meseta mexicana, la plástica introdujo elementos antes desconocidos: esqueletos y atributos bélicos proliferaron dramáticamente donde antes reinaran los signos de una manera de vivir jubilosa y libre. Después del siglo x se desintegró el humanismo quetzalcoatlano. Como advierte L. Séjourné, es imposible saber si esa decadencia fue un proceso provocado por causas internas dentro de las mismas urbes del gran periodo creador o si, por el contrario, se debió a la llegada de las primeras oleadas de invasores. De cualquier manera, el hecho fundamental es que, en el mundo azteca del siglo xv, era ya otra muy distinta la concepción del papel del individuo en la sociedad y en el cosmos. "... el sujeto soberano de antaño —esa límpida fuente de iniciativa y de responsabilidad— es transformado en cosa, en ser sometido a la voluntad ajena". El imperio inhumano de la fuerza, las matanzas organizadas, la esclavitud, los sacrificios de seres humanos, todo eso fue la caricatura trágica del ideal quetzalcoatlano convertido en simple afán de dominio material. Pero aunque el gran mito pareciera abatido por las mismas fuerzas negativas que había condenado, hay un mensaje que permanece. Y ese mensaje

le merece a Quetzalcóatl ese título de "profeta americano" que le atribuye Laurette Séjourné. Porque "si su destino final fue el mismo que el de todos los otros mensajes espirituales de la humanidad, el impulso que determinó su singularmente larga y gloriosa trayectoria implica, sin embargo, un conocimiento de la naturaleza humana, una lucidez hacia el mundo de los objetos, raras veces alcanzados y de los que el hombre moderno tiene, quizás, aún algo que aprender".

El universo de Quetzalcóatl no es un estudio más de tantos que reconstruyen a pedazos la vida del México antiguo. Es el testimonio apasionado de una esperanza. La de que algún día la humanidad recupere aquel don de armonía y de gracia y desaparezcan de la historia todas las manifestaciones del dominio, la opresión y la violencia.

EXPLICIT: Carlos Barral, *19 figuras de mi historia civil* (poesía). Colección Colliure (dirigida por José María Castellet). Ed. Literaturas, Barcelona, 1961. 85 pp.

NOTICIA: Carlos Barral, del grupo catalán de la más reciente poesía española, nació en 1928, estudió derecho y es director de la Editorial Seix-Barral, de Barcelona. Empezó escribiendo un libro de versos, *Las aguas reiteradas* (1952), y unas traducciones de Rilke, *Sonetos a Orfeo* (1945), que, por desgracia, no conozco. Y digo por desgracia porque su siguiente libro, *Metropolitano* (1957), me dejó gratísimamente sorprendido: era una magnífica colección de poemas "de tradición simbolista" que tendía un puente extraño—extraño en la literatura de España de estos últimos tiempos—con la mejor y más joven poesía mexicana. Siempre había tenido la idea de que la mejor poesía española contemporánea, después de Blas de Otero, Celaya, de Luis Garcíasol, etcétera, se encaminaba definitiva y unívocamente por el tono civil, testimonial, coloquial, narrativo, casi épico. Carlos Barral, en *Metropolitano*, era una excepción de calidad casi solitaria: poesía de imágenes, con un subjetivismo de cara a la realidad y nacido de ella, heredera de la del '27. Nos parece ahora que *Metropolitano* era, precisamente, la toma en herencia de una riqueza no disputada e injustamente preterida. Este nuevo libro de Carlos Barral, de título transparente, demuestra que el poeta no se quedó en aquel terreno—legado que había que poseer para seguir adelante—y pasó limpiamente, naturalmente, a una comunicación más directa, más generalmente compartible, como correspondía a la nueva realidad y al nuevo público.

EXAMEN: *19 figuras de mi historia civil* es una admirable autobiografía poética—infancia y juventud—que entronca en la actual poesía española añadiéndole una nueva calidad: es ya una *historia civil* pero no es todavía la narración objetiva de lo que todos vemos: es la objetivación del proceso de su conciencia hacia la claridad. Sin embargo, no es ya excepción: son varios los jóvenes poetas españoles que han vuelto los ojos a una infancia y una adolescencia un poco perdidas en la bruma de una guerra civil anonadante. Es como un autoanálisis que nos recuerda el verso profundo de Wordsworth: *El niño es el padre del*